

PERONISMO

FILOSOFÍA POLÍTICA
DE UNA PERSISTENCIA
ARGENTINA

TOMO I

JOSÉ PABLO
FEINMANN

JOSÉ PABLO FEINMANN

PERONISMO

*Filosofía política de una
persistencia argentina*

TOMO I

De 1943 al primer regreso de Perón (1972)

Introducción

Se trata de partir de un hecho primario, comprobable por todos, aceptado por muchos aunque no siempre por los mismos, rechazado por otros tantos o por otros menos y también no siempre por los mismos, con lo que tal vez podríamos acceder a nuestra primera aseveración en un tema que no se caracterizará por ellas, dado que las elude constantemente: el peronismo perdura pero quienes se encuadran bajo su rótulo o quienes se deciden a apoyarlo varían según las diversas coyunturas históricas. Podría verificarse un matiz importante: se han acercado al peronismo o han trabado excelentes relaciones con él personas o sectores políticos o económicos que escasamente se han arrogado tal condición. Tomemos dos «abrazos históricos». El dirigente radical Ricardo Balbín se abraza con Perón en 1972. Balbín fue un porfiado antiperonista a lo largo de su vida. Va a ver a Perón. Perón está en la residencia de Gaspar Campos. Al ser difícil el acceso, Balbín se encuentra ante la necesidad de «saltar» un muro. Lo hace. Luego se abraza con Perón. Tenemos dos acercamientos de Balbín a Perón: el «salto» del muro y el abrazo. Luego, muerto Perón, dice un discurso que él pretende sea «para la historia» y —aunque la historicidad de ese momento es de una densidad y un desbocamiento dramáticos, sofocantes— lo es. En el discurso Balbín dice: «Este viejo adversario hoy despide a un amigo». Si algo *no es* Balbín aquí es lo que fue toda su vida: un antiperonista. Pareciera jugar dentro del campo del peronismo. Sin duda, contribuye a su perdurabilidad, a su capacidad inagotable de *sumar*, que es parte sustancial de su *obstinación* en «la patria de los argentinos» como solía decir ese líder radical que no le hizo a la patria un solo mal aunque acaso no le haya hecho ningún bien remarcable.

Sin embargo, dos males serios le ocasionó a «la patria de los argentinos». Habló de «la guerrilla en las fábricas» poco antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Y —cuando le dieron la cadena nacional de radiodi-

fusión para que hiciera algo por frenar el golpe— acudiendo a ciertos aires de compadrito en que solía solazarse dijo «me piden soluciones» y contestó con una burrada política fenomenal: «No las tengo». Los militares habrían de tomar esa frase como una confesión de la «dirigencia civil» y justificarían, con ella, la necesidad de apoderarse del Estado. Ellos sí tenían respuestas. En otro de sus dramatizados discursos, también por televisión, se dirigió a los jóvenes de la guerrilla. Usó a uno solo como figura de todos. «Muchacho», le dijo, «contiene tu puñal. Y si yo no cumplo, entonces... clávamelo». Al día siguiente de la tragedia de Chile le preguntan qué opina: condena el golpe y lamenta que «el presidente Allende se haya suicidado». Le dicen que lo mataron. «No lo sé», dice, «pero tenía un arma en las manos». Le preguntan qué habría hecho él en esa situación. Pone su mejor cara de «guapo del 900» y dice: «Ah, no: a mí no me hacen eso». «Eso» era el golpe de Pinochet. Regresa de un viaje y le preguntan por los desaparecidos: «Los desaparecidos están muertos», responde, dando por inútil la consigna central de las Madres de Plaza de Mayo: «Con vida los queremos». Le decían «Chino» porque —en sus mejores momentos— se parecía algo a Akira Kurosawa. Y «guitarrero» por su estilo oratorio. Hoy, todo él, es pasado y olvido. Tal vez yo sería injusto si no dijera que —en 1973— lo habría preferido a él como vice de Perón en lugar de Isabel, con el Brujo atrás. Y que no era ni habría podido ser un carnicero como López Rega o Videla, aun cuando se haya equivocado gravemente un par de veces. En un país en que ha corrido tanta sangre, en un país tan colmado de asesinos corresponde decir esto de alguien si decirlo es la verdad. El «otro» abrazo es más inesperado y fue impensable hasta el grado del delirio, la insensatez o la blasfemia. Sucedió en una época que contenía todos esos matices de la condición humana, añadiéndoles los de la falsedad, el robo, la befa, la farandulización de la existencia toda y el canallismo jocoso, circense: la «fiesta» menemista. Otra variedad de la «obstinación» peronista cuyo análisis requerirá espacio, tiempo y templanza, si es que deseamos apartar de nosotros el único modo de recordarlo: el de la ira, el de una insoslayable y fiera vehemencia. Trataremos de hacerlo. Buscamos tornar transparente hasta lo posible nuestro objeto de estudio. Será sensato advertir que parte de esa transparencia estará en las pasiones, en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos. Este ensayo se escribe buscando todos los rostros del objeto al que asedia, pero ese «objeto» (el peronismo) ha provocado, en todos nosotros, desilusiones, tristezas, derrotas, pérdidas sin reparo, muertes que no debieron ser, pavores sorprendentes, ilusiones luminosas, desengaños en los que

aprendimos la resistencia de la realidad, la dureza de lo imposible. Una amiga no peronista, que se aferró a la esperanza-Alfonsín, me contó que el mayor dolor de su vida, su mayor tragedia, fue la pérdida de dos amigos que cobijó en su casa en algún mes del año 1976. Eran dos jóvenes peronistas. Se los llevaron y no los vio más. Todavía, al hablar de ellos, al contar esa historia, los ojos se le humedecen, se pone pálida y hasta tiene miedo otra vez. Prometemos, sí, asediar a nuestro objeto y estudiarlo con rigor. Pero no lo haríamos si dejáramos de lado las ilusiones que ese «objeto de estudio» despertó en nosotros, las desesperanzas, los espantos, y la prolija, fría idea de la muerte y la tortura. Volvemos al «segundo» abrazo. Fue, dije, durante la «fiesta» menemista. Alianza entre el peronismo y el establishment agrícola-ganadero, el establishment empresarial y financiero y las corporaciones transnacionales. Carlos Menem, en algún ágape de esos años de jolgorio, se encuentra con el almirante Rojas, el inventor de la línea Mayo-Caseros, el más puro símbolo del gorilismo nacional, el que ordenó, junto con Aramburu, los fusilamientos del 56 y las masacres de esa «operación» que narrará Rodolfo Walsh. El «Jefe» lo ve al Almirante y se le acerca con su sonrisa de plástico. El Almirante hace lo que siempre ha hecho: lo mejor para su clase social, la oligarquía, y el brazo vigoroso que la custodia, las Fuerzas Armadas. Se abraza con el peronista Menem. Ahí están, mírenlos: el masacrador del 16 de junio de 1955 y el caudillo del Interior federal postergado, el caudillo riojano en que se encarna el otro, el que cantó Sarmiento, el feroz Facundo, el Tigre de los Llanos. Este Tigre —sin embargo— se ha olvidado de los Llanos. Se recortó las patillas. Se viste *à la Versace*. Gobierna para las clases altas, para el Fondo Monetario Internacional y hasta ha enviado un cascajo que flota a la Guerra del Golfo, una guerra de Estados Unidos pero que él hace suya dado que con el gigante del Norte quiere relaciones cercanas, a las que llama «carnales». Algunos dicen que no es peronista. Usan, para desautorizarlo, un concepto inesperado pero que hace historia: «menemismo». El «menemista» Menem no será peronista pero todo el peronismo lo respalda. Durante su Gobierno, Ubaldini, el sindicalista que vivía haciéndole huelgas a Alfonsín, pierde visibilidad; tanta, que casi se torna invisible. No: Menem es peronista. Y hace todo lo que no hizo Perón. O digámoslo con mayor propiedad: des-hace lo que hizo Perón. Qué cosa el peronismo, caramba. Cómo diablos será posible entenderlo. El que mejor desperonizó al país (una obsesión que compartieron durante años la oligarquía y la izquierda revolucionaria o académica) fue un peronista. Y no uno que vino de arriba, de algún planeta exótico para hacer la tarea. No: un peronista de verdad. Con historia, militancia y

discurso peronista. Bastaba oírlo hablar y uno advertía que el tipo, al manual de *Conducción política* de Perón, se lo sabía de cabo a rabo. A comienzos de 2003, cuando se baja del ballotage para restarle a Kirchner los seguros y frondosos votos que cosecharía en una segunda vuelta, dice, por televisión y con el propósito de justificar su alejamiento, un discurso en que palabras como «arte de la conducción», «táctica», «estrategia», «información», «control de la situación» y hasta «economía de fuerzas» van de aquí para allá, incesantes. Había hecho los deberes del buen justicialista: conocer la doctrina. No los había hecho por casualidad. Carlos Menem, el político que desarmó sin prisa, sin pausa y sobre todo sin piedad, el Estado de Bienestar que Perón había construido desde 1943 y que ni los militares de la Seguridad Nacional habían logrado llevar a cenizas, era un peronista de larga historia, un caudillo de la más federal de las provincias, la de Facundo Quiroga, la de Ángel Vicente Peñaloza, La Rioja. Nada de esto impidió su abrazo con Rojas. Era más fuerte aquello que lo tornaba posible: un nuevo rostro del peronismo, un peronismo neoliberal, construido al calor de la caída del Muro de Berlín, del triunfo global de la democracia neoliberal de mercado, de la hiperinflación alfonsinista, del golpe de mercado oligopólico, del Consenso de Washington y de una época que encarnó la «ética indolora» (el concepto es de Gilles Lipovetsky) de la posmodernidad. Hasta posmoderno fue el peronismo. Luego de ser, como había sido, el símbolo de los valores de la modernidad en la Argentina: Estado fuerte, política, enfrentamiento de clases, inclusión social de las clases postergadas, nacionalismo, primacía de la industria sobre los productos primarios. Ese abrazo Menem-Rojas disparó una frase de un peronista de también larga trayectoria, hombre que transitó de la JP en los setenta a la Renovación en el 84/85 y al menemismo en los noventa. La frase fue: «El abrazo Menem-Rojas equivale al abrazo Perón-Balbín». Le dije a otro peronista cómo era posible que Fulano dijera eso. Y me dijo: «Dejalo: dice eso y morfa un año entero». Esto, también, es un elemento teórico. Y hasta lo es en la elección de la palabra «morfar» en lugar de «comer». Un peronista morfa. Un oligarca come.

Y esto, a los peronistas, los colma de orgullo. A los peronistas nacionalpopulares. A los que no fueron atrapados por eso que suele denominarse el «glamour de la oligarquía». Con todo, en esto los peronistas no han cedido demasiado terreno. Menem llenó su década de esplendor invitando a comer (o a «morfar») pizza con champán a sus más elegantes y rancios contertulios. Un peronista entrega a las clases dominantes el patrimonio nacional pero sigue citando a Jauretche. La izquierda ilustrada, en cambio, la izquierda —pongamos— «académica», compra

los valores y los símbolos de la oligarquía como parte de su «conversión». La «socialdemocracia» de los ochenta, el alfonsinismo ilustrado, incurrió en una incondicional adoración de Victoria Ocampo, Borges y Bioy, quienes fueron transformados en la cifra de nuestra cultura, el signo de su excelencia. No sé si necesito aclarar mi respeto por Borges y Bioy. También confieso que ha decrecido con los años. Y eso que conocí bastante a Bioy y era un auténtico caballero. Pero, ¿qué otra cosa podía ser Bioy sino eso?

Que un oligarca «come» se puede observar en ese inmenso libro de chismes que se publicó recientemente con el nombre de Adolfo Bioy Casares. Parece que habitualmente Borges visitaba a Bioy para «comer» en su casa. Ahí —con una maldad clasista de viejas oligarcas y obviamente ociosas— le comentaba todo tipo de cosas a su amigo, quien, acaso asombrosamente, las anotaba con pulcritud. Más asombroso es que se hayan publicado. Como sea, la fórmula que Bioy utiliza para abrir la narración de las veladas con su compinche de mínimas charlas de cajetillas aburridos es: «Borges hoy come en casa». O «Borges come en casa». O «Come en casa Borges». No sabemos si almuerza o cena. Ni lo sabremos, ya que es de mal gusto, de grasas y de negros peronistas, decir que alguien «almuerza» o «cena». La gente *comme il faut* «come». Algo similar a lo que ocurre con el «rojo» y el «colorado». Lo correcto es «colorado» aunque el color sea «rojo». Ha sido posible observar —desmintiendo esta modalidad— que cierta oligarquía no ha cesado de hablar del «trapo rojo» aludiendo a eso con que los «zurdos» pretenden reemplazar la bandera de Belgrano. (No hay nada como el odio para perder los modales).

Los dos abrazos exhiben la amplitud del peronismo. Esta «amplitud» ya había sido largamente ejercida y teorizada por el mismo Perón: «En el peronismo, en cuanto a ideología, tiene que haber de todo. Me dicen que Cooke era muy izquierdista. Pero también lo tuvimos a Remorino que era de derecha». El peronismo no es —entonces— una obstinación peronista. *Es una obstinación argentina. Si la obstinación prosigue, si no se detiene*, es porque todos la alimentan. Peronistas y no peronistas. No sólo los no peronistas que pactan con el peronismo o se le acercan en coyunturas en que «la patria lo reclama». Sino (y muy poderosamente) los antiperonistas. Estamos aquí ante un fenómeno marcadamente argentino. O sea, casi indescifrable: el peronismo ha sido una y muchas cosas más. Tal vez ya no sea nada. Tal vez la identidad peronista se haya disuelto en las borrascas de la historia que a partir de ella (de quienes reclamaban encarnarla) se han desatado. Lo que no desapareció es el antiperonismo. Es un argumento

que usó cierta vez, en mi contra, el malogrado y querido historiador Fermín Chávez. Yo había escrito un texto demostrando que la identidad peronista ya no tenía existencia. Era tanto que era nada. El ser y la nada (en el primer capítulo de la *Lógica* de Hegel) se identifican, son intercambiables: cuando algo es el *todo* es la *nada* porque las cosas se definen por aquello que las diferencia de las otras. *El ser es diferencia*. Lo han dicho los posestructuralistas —basándose en el sistema de la lengua de Ferdinand de Saussure— y tienen razón. Todo elemento se refiere a otro del cual se diferencia. Una estructura es una totalidad de diferencias. Nada es. Todo ser es *diferencia*. Todo ser, en su ser, se refiere a otro. Seamos, ahora, precisos: si el peronismo es *todo*, cuál es su *diferencia*. Tiene que existir algo que *no sea* el peronismo para que el peronismo *sea* algo. Cuando propuse la fórmula: *El peronismo, al serlo todo, no es nada*, Fermín Chávez me refutó. Dijo: *Si el peronismo no es nada, si no tiene identidad, ¿cómo es posible que haya antiperonistas?* Perfecto: otra incógnita demoledora. Uno ya no sabe qué es el peronismo. O tiene que estar tres horas para explicárselo a alguien. Sobre todo a un extranjero. Pero antiperonistas hay por todas partes: sacan diarios prestigiosos, escriben concurridas columnas de opinión, publican libros, dan conferencias para empresarios, y hasta no faltan quienes se sienten «mártires» o «líderes» de la prensa libre agredidos por el «peronismo». Incluso defienden a la «república» o a las «instituciones» que el «peronismo» agrede. Algo que ocurre porque —dicen— el gobierno que durante estos días gobierna es... peronista. Sin embargo, ese gobierno ha reducido a una expresión mínima los símbolos clásicos del justicialismo, las fotos de Perón, las de Evita o la ineludible entonación entusiasta de la marcha partidaria. Que sigue teniendo frases tan improbables como «combatiendo al capital» en un mundo en que nadie lo combate en ninguna parte. O afirma que la «Argentina grande con que San Martín soñó es la realidad efectiva que debemos a Perón» cuando, en rigor, los «grasitas» de Evita y los «negritos» de Perón andan por las calles pidiendo limosna o acarreando cartones y el pueblo de la Capital Federal votó al hijo de un empresario (que si no es peronista lo puede ser en cualquier momento) para que los limpie del paisaje urbano, los arroje a la periferia y arrase con esa villa, la 31, de la cual salen delincuentes y drogadictos (o delincuentes drogados) para alterar la placidez de la metrópoli opulenta. En suma, los antiperonistas son más obstinados que los peronistas. Entre unos y otros dibujan esa modalidad del ánimo (una modalidad subjetiva) con que se presenta el peronismo en nuestra historia: la *obstinación*. Hagamos, pues, la pregunta: *¿qué es una obstinación?*

La relevancia de la pregunta surge —en una instancia inicial— porque hasta la publicación de este libro, la palabra «obstinación» formó parte del subtítulo de este ensayo. Sin embargo, ese concepto tiene una carga subjetiva que incomoda. Después, se afirma en que nadie dudará acerca de la persistencia del fenómeno en nuestra historia. Y elegimos el concepto de *persistencia*, que usa a menudo Foucault incurriendo en algo que aborrece —la linealidad histórica— y que nosotros nos cuidaremos de evitar. No hay linealidades históricas necesarias o dialécticamente necesarias.¹ Hay, a lo sumo, persistencias. El resto es multipolaridad, principio de incertidumbre, devenir azaroso. (Y esto no lo descubrieron los posmodernos. Nosotros, en *Filosofía y Nación*, en textos publicados en *Envido* allá por 1972, ya negábamos el devenir necesario de la historia como una propuesta del imperialismo europeo, algo que añadía a su colonialismo los valores de la racionalidad hegeliana).

La cosa es que el peronismo debe ser rastreado desde el golpe militar del 4 de junio de 1943 y todavía sigue fuerte: una mujer que proviene del riñón de su historia, de una de sus facetas más tormentosas y castigadas (la izquierda de los setenta), ganó las elecciones de octubre de 2007, que la llevaron a la presidencia del país. Ella no luce excesivamente peronista: dio un discurso plural el día en que ganó y se reunió con un periodista del diario del establishment. De hecho, la presidenta Cristina Fernández pareciera haber elaborado mejor su relación con el peronismo que muchos antiperonistas, dado que en gran medida y no asombrosamente el peronismo vive más en el odio o el desdén o la obsesión de los antiperonistas que en la adhesión de los peronistas. Ocurre (y veremos intensivamente este aspecto) que en la mayoría de los antiperonistas, cuando se llega al fondo de ellos, al abismo de su repulsa, priva el odio al *diferente* encarnado en la figura del *grasa*, del *pobre* o del *negro* o del *groncho*. Y sus actuales manifestaciones: el *piquetero*, el *villero*, el *pordiosero*, los *cartoneros* y los *chicos de la calle*. Que, con el mero trámite de lanzarse a limpiar el parabrisas de los

1. Hemos escrito en otro lugar: «No queremos una historia de la *continuidad*. Pero no queremos una historia de la exaltación del azar y lo discontinuo. *Porque es cierto: no hay una historia de la continuidad. Pero hay continuidades en la historia. Hay persistencias en la historia.* Las tenemos que rastrear. Las tenemos que develar. Esas persistencias deberán ser conquistadas entre las miríadas de sucesos que exaltan los foucaultianos, pero no bien las conquistemos deberemos establecerlas, no cosificarlas, pero tenerlas presentes para la praxis. *No hay acción política que no se establezca sobre el develamiento de una continuidad*» (José Pablo Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia, Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, Planeta, Buenos Aires, 2008, p. 553).

automóviles, arrojan al odio a sus conductores, al desborde y a la frase que la mayoría de la clase media de los «centros urbanos» destina al *diferente* cuando busca solucionar el problema que plantean a la serenidad, a la placidez, a la pulcritud de la polis: *hay que matarlos a todos*. En resumen, el antiperonismo es una obstinación argentina y esa obstinación alimenta al peronismo tanto (y a veces más) como él se alimenta a sí mismo.

No obstante, la palabra *obstinación* pareciera cargar con una cuota excesiva de *subjetividad*. Si uno dice que el peronismo es una obstinación argentina está diciendo *otra cosa* que si dice: el peronismo es una *persistencia* argentina. Se puede hablar de la persistencia de los hechos. Hablar de la obstinación introduce una direccionalidad subjetiva en el análisis. Rechazamos toda idea de una continuidad en la historia. No hay un tiempo lineal, una temporalidad homogénea, no hay sentido ni sujeto interno de la historia. Estas son ya viejas discusiones y las hemos zanjado.

Con todo, no queremos abandonar la palabra «obstinación» (y trataremos de hacer de ella un concepto). Bien cierto es que el peronismo es una *persistencia* en nuestra historia. No lo es menos que establece continuidades. Pero nuestro propósito es deliberadamente *humanista*. La historia del peronismo es una historia hecha por los hombres, durante determinadas circunstancias, como pedía Marx. Pero nos resulta imposible no ver en la trama histórica del peronismo la acción de sujetos prácticos, de sujetos enfrentados, de sujetos constituidos por la historia y constituyentes de ella. Hay una sobredosis de humanismo histórico en el peronismo. De aquí que nuestra posición acerca de la *filosofía política* del movimiento habrá de recurrir (no solamente, desde luego) a las posiciones de Carl Schmitt. Este teórico alemán (cuyos compromisos con el nacionalsocialismo nadie ignora) se pregunta, en uno de sus trabajos esenciales, por el «concepto de lo político», busca la especificidad de las categorías políticas, aquellos elementos por los cuales son «políticas» y no otra cosa. Y escribe: «Pues bien, la distinción específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*».²

Esta *distinción* esencial, que se expresa ya como contradicción o conflicto o antagonismo o guerra, nos será útil —hasta cierto punto—

2. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2002, p. 56. Debe consultarse también el excelente ensayo de Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. El libro es un derroche de lucidez, de inteligencia. Sin duda alguna, recurriremos a él no bien sea necesario.

para elaborar nuestra *filosofía política* del peronismo. Pero buscaremos —en la distinción amigo y enemigo— la praxis que anima a cada uno de esos grupos. Los grupos están constituidos por sujetos. Los sujetos tienen subjetividades. Las subjetividades generan conceptos aptos para dar cuenta de ellas. Una *persistencia* de la historia nos revela algo que ocurre en la historia. Una *obstinación* (y soy consciente también del riesgo *poético* o *literario* de la palabra, que, a mí al menos, no me disgusta) nos revela algo más: algo que los hombres hacen. Los hechos no se obstinan. Los sujetos sí. Podríamos plantearlo de este modo: los *hechos concretos* de la filosofía política del peronismo expresan una persistencia histórica alimentada por una obstinación de los sujetos que la protagonizan.

Además, esta antinomia del muy actual, del muy «de moda» Carl Schmitt —adornado, además, por Lacan y Heidegger— está expresando un movimiento de *izquierda lacaniana* que a nosotros escasamente nos expresa. «Amigo-enemigo» se deslucce por completo frente a la antinomia marxista de la lucha de clases, a los agentes prácticos de Sartre enajenados por su propia praxis y siempre en lucha por recuperarla y realizar su (también) propia totalización del campo práctico, o frente al Poder foucaultiano que genera su propia resistencia y esa resistencia da origen a las contraconductas. Además, ninguno de ellos fue nazi. Algo tendrá que ver.

Volveremos sobre el tema.